

HOTELES DE CITAS LITERARIAS

En una ocasión viajé a París dispuesta a vivir en un hotel donde poder escribir una novela y, en el peor de los casos, suicidarme. En primer lugar quería encontrar un hotel, a poder ser en la rue Jacob, que desde mi punto de vista de lectora feróz era la calle mas literaria de París y del mundo entero. Una vez instalada en la habitación de mi hotel, tenía previsto sentarme enseguida a la mesa de trabajo para ponerme a escribir de principio a fin mi novela, cuanto menos, el primer borrador de ella. En el tren que me llevaba a París (el único medio de transporte adecuado para mis propósitos fantasmales) me acompañaba un baúl metálico lleno de libros, citas de autores y papeles con notas manuscritas. Mi viaje era un viaje a la literatura, no podía llegar a mi hotel suicida con un neceser y una vulgar maleta de turista. Mi viaje era un viaje al viaje de los libros, quiero decir con esto que yo iba vestida de Djuna Barnes, equipada intelectualmente a lo Gertrude Stein y anidando en mi cabeza los pensamientos traumáticos de una imparable Jane Bowles o una Jean Rys atravesada.

Sin embargo, ahora que recuerdo bien, antes que escribir una novela en mi hotel de la rue Jacob, lo que de verdad quería era encontrar un hotel para suicidarme y escribir luego una novela de la escritora que intenta suicidarse porque detesta el hotel Jacob, los hoteles parisinos y todos los hoteles del mundo entero. ¿Y el baúl? ¿Qué significado tenía entonces aquel baúl cargado de libros?

El baúl me molestaba pero no lo abandoné como a un amante pesado y despreciable. Lo llevé conmigo al hotel ruinoso de la rue Jacob. Era mi biblioteca ambulante y, en último término, también podría servirme de ataúd, el envoltorio más apropiado para transportar de regreso a Barcelona mi cádaver de escritora suicida.

Cuando hube puesto un pie en el escalón de mi vagón de tren me di cuenta de que había olvidado de llevar mi ropa. ¡Pardiez!, dije. Y terminé riendo de mi exclamación arcaica, una palabra tan fuera de lugar, de tiempo y de hoteles literarios. Pero cuando llegué a París descubrí que este olvido había sido el mejor hallazgo de mi viaje. La ropa me hubiera obligado a visitar París, a perderme, como suele decirse, por sus calles como una viajera absurda, sin oficio ni destino. Sin embargo, yo no iba a Paris. Mi viaje era a un hotel, a una novela, a un suicidio literario.

Al entrar en mi habitación (por cierto, la 342, un número tonto) abrí la ventana gris y miré hacia abajo. Es bello suicidarse, pensé. Y, no se por qué dejé pasar mi momento heroico y me volví hacia dentro. Hace frío, dije como gran excusa. Y nadie me respondió. Ninguna voz salió del baúl para recriminar mi cobardía. Los escritores estaban muertos en su baúl de citas. Mudos. Impertérritos en su oscuridad lectora. Entonces fue cuando me senté a la mesa y empecé a escribir la primera frase.

La primera frase de una novela es la frase más difícil. Todas las novelas dependen de la primera frase. Cuando es buena, la primera frase arrastra a las demás y la novela se va tejiendo sola como un sueter de escritora, con apenas un movimiento pautado de las agujas. Mi primera frase fue la siguiente: Una mujer joven sube a un tren de vapor que la llevará a París donde quiere escribir una novela o/y suicidarse. Ahí detuve mi tejido. Suprimí la “y”. Levanté la cabeza de la página, miré mi cuarto inhóspito del hotel de la rue Jacob y me acordé de otra habitación, de un fin de semana en una montaña nevada, de un viaje malogrado con mi gran amor de entonces. Cada uno llevaba su bolsa de equipaje y cuando yo abrí la mía empecé a sacar de ella un montón de libros y los fui colocando en una repisa de madera junto a la cama. Mi amante me observaba atónito. Me miró fijamente a los ojos y preguntó: ¿qué haces?. Seguí ordenando libros en la repisa. Y al cabo de unos segundos, mi amante volvió a abrir la boca para decir: Adiós. Me voy. Y me dejó plantada.

Mis bolsa repleta de libros se había convertido en una grave ofensa a las expectativas del amante. Mis libros eran mis secretos más íntimos, mi equipaje interior, pero no entendió nada el pobre. Eso pasa con algunos lectores cuando no les interesa comprender lo que dice un determinado texto, entonces concluyen: no entiendo nada, y se quedan tan anchos.

El recuerdo nevado me había apartado de mis deseos de escritura. Me sentía helada mentalmente y necesité dar estímulo a mis frases encajadas. Era, pues, el momento de abrir mi baúl de libros. Y eso hice. Coloqué mis libros por toda la habitación, sin orden ni concierto. De ellos dependía mi novela, mi estancia en el hotel y mi posible suicidio. Entonces, esperé. Al principio no sucedió nada raro. Buen comienzo, me dije felicitándome. Pero al cabo de un par de noches dos libros se rebelaron: ¿Qué haces?, me dijeron. Yo me quedé tan atónita como mi amante en la montaña nevada. Y al cabo de unos segundos, los libros se repitieron unos a otros: Adiós, me voy. Y me dejaron sola.

Mis libros huyeron del hotel de la rue Jacob dejándome entrever que aquel era un lugar inhóspito para ellos. No me resignaba a perderlos. Así que bajé a la calle y me instalé en la esquina de la rue Jacob, a dos pasos del hotel suicida. Apenas había comido y tenía frío. Encogí mi cuerpo contra la farola encendida y al poco rato Samuel Beckett se dignó a pasar por ahí y se detuvo en frente mío. ¿O era Joyce? Albert Camus, es cierto, llegó más tarde en compañía de Borges pero el primero en pasar creo que fue Beckett. En el primer momento, se hizo el distraído. Estoy ciego, dijo. Pero yo me agarré a su brazo y regresé con él al hotel. Poco a poco, a medida que transcurrían las horas, fui recuperando cada uno de mis libros perdidos. Necesité cuatro noches enteras de trabajo callejero para conseguir reunirlos a todos. Cuatro noches de espera recostada en la farola. Hubo quien trató de confundirme. Se equivoca conmigo, decía yo, sólo estoy esperando a escritores. Y me tomaban por una chiflada extranjera. “Elle est complètement folle” decían los parisinos ignorantes de Saint Germain. Yo encogía los hombros y seguía esperando hasta que fueron apareciendo Hemingway, Faulkner, Proust y hasta el mismo Chejov. Les

ofrecía mi mano y subía con ellos a mi habitación. Uno a uno fueron regresando al baúl. Terminé agotada. Sin ganas ya de seguir escribiendo mi novela-sueter y con menos ánimos de lanzarme al vacío a través de mi ventana literaria. ¿Por qué ese dolor del alma?, me preguntaba yo mientras miraba de arriba a abajo las paredes de mi insípido cuarto. Es culpa del hotel, conseguí descubrir por fin. Es por culpa de este museo viviente de escritores adonde van a parar los turistas literatos engañados, como niños crédulos, a viajar hasta aquí, al país de los hoteles literarios. Un país de plástico, muñeco viviente y cartón azucarado.

Al momento, abandoné el hotel, me despedí de París y regresé a la literatura, a mi viaje a ciegas con los autores muertos.

Yo, al cabo, también abandone el hotel, un hotel que ni tan solo se merecía el esfuerzo de un suicidio. Y abandoné mi novela, y mi viaje a París. Regresé a la literatura y al viaje a ciegas con los autores muertos